12. Crouzet, M.; "Historia General de las Civilizaciones"; Tomo 3, "La Edad Media"; Parte 1, "Preeminencia de las civilizaciones orientales"; Capítulo 1, "La ruina del mundo romano: el occidente (siglos V a VII)"; págs. 13 a 38.

17 COPIAS

1

HISTORIA GENERAL DE LAS CIVILIZACIONES

publicada bajo la dirección de

MAURICE CROUZET

Inspector general de Instrucción Pública de Francia

VOLUMEN III

LA EDAD MEDIA

LA EXPANSION DEL ORIENTE Y EL NACIMIENTO DE LA CIVILIZACION OCCIDENTAL

POR

EDOUARD PERROY

Profesor en la Sorbona

con la colaboración de

JEANNINE AUBOYER
Conservadora del Museo Guimet

CLAUDE CAHEN
Profesor en la Facultad de Letras de Estrasburgo

GEORGES DUBY
Profesor en la Facultad de Letras de Aix

MICHEL MOLLAT
Profesor en la Facultad de Letras de Lille

EDICIONES DESTINO

BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

LA RUINA DEL MUNDO ROMANO: EL OCCIDENTE
(SIGLOS V A VII)

ALREDEDOR del año 400 los escritores latinos celebran, unánimes, la grandeza de Roma: Roma ha reunido "bajo un mismo nombre a todo el género humano", ha permitido a todos los hombres "vivir como ciudadanos de una sola ciudad, como miembros de una misma familia", a todos los pueblos fundirse en uno solo "por el comercio, la civilización y los matrimonios" — y los poetas que son cristianos glorifican a Roma por haber preparado al mundo entero, pacificándolo y uniéndolo, para comulgar en la nueva fe. Rutilio Namaciano, Claudiano y Prudencio expresan así el sentimiento de la aristocracia romana y su entusiasmo no es infundado. Todos están persuadidos, en efecto, de que los límites del Imperio casi se pueden confundir con los del universo civilizado y, en el interior de esas fronteras, les impresiona la unidad. En primer lugar unidad material: se han borrado los particularismos económicos y políticos, han desaparecido las barreras; todos los miembros de la clase senatorial tienen, dispersos en cada uno de los países costeros del Mediterráneo, parientes, amigos, intereses y propiedades; todos, incluso los que residen a orillas del Rin o en una *villa* de Bretaña, llevan en un marco semejante el mismo género de vida confortable y lujoso. Unidad de cultura también: en todas las ciudades del Imperio las escuelas dan las mismas enseñanzas, y los privilegiados que allí se forman comparten idénticos recuerdos literarios, el mismo gusto por los virtuosismos verbales de la retórica y por las imitaciones del arte helenístico. Unidad religiosa por último: el cristianismo completa su penetración en las capas superiores de la sociedad, dando a la cultura escolar la profundidad metafísica de que estaba desprovista, tomándole en cambio el armazón intelectual sin el cual las minorías distinguidas de la romanidad hubieran puesto dificultades para adoptar esa religión oriental. Los contemporáneos de San Agustín y de San Jerónimo sienten la misma vinculación a la civilización de Roma, la misma confianza en el destino del Imperio que profesaba dos siglos antes, en tiempo de los Antoninos, el retórico Elio Arístides. No conciben que un acontecimiento imprevisto pueda hacer vacilar el orden imperial e impedir a Roma

llevar adelante su misión providencial de realizar muy pronto la unión, la educación y la conversión del mundo.

A decir verdad, desde mediados del siglo III esta obra se prosigue en condiciones cada vez más difíciles. El esfuerzo para contener, o al menos para canalizar en las fronteras la oleada de bárbaros que se agolpan, atraídos por la prosperidad del mundo romano, el esfuerzo también para mantener en el interior la estabilidad del gobierno imperial, constantemente amenazado por las usurpaciones y los levantamientos militares, imponen una tensión extrema. A fines del siglo IV, en un Imperio cuya inmensidad y majestad suscitan aún la admiración de los contemporáneos, el historiador puede discernir peligrosas tendencias. Por una parte, la zona oriental y la zona occidental de la *Romania*, que, desde la muerte de Constantino (337), casi siempre han tenido su emperador particular, se separan poco a poco; por otra parte, como todas las fuerzas vivas, políticas, económicas, intelectuales y religiosas se concentran en el Oriente griego, se ve cómo en el preterido Occidente latino se hunden los fundamentos principales de la civilización antigua.

Decadencia del mundo romano

En primer lugar decadencia del espíritu cívico. En otro tiempo federación de ciudades más o menos autónomas, el Imperio, para resistir a los desórdenes y a los peligros, se ha transformado en una monarquía a la egipcia, absoluta y burocrática. Las tareas que incumbían antaño a los municipios o a la iniciativa privada son ahora realizadas por los órganos de la administración pública. Pero éstos, complejos y costosos, inciden pesadamente sobre las poblaciones agotándolas, y el patriotismo romano, que anima por igual a un Claudio y a un San Ambrosio, es esencialmente amor a la forma de civilización difundida por Roma, que por lo común se acompaña de un desafecto creciente para con el gobierno imperial y sus agentes. Frente a funcionarios rígidos en exigir unos impuestos de los que son los primeros en aprovecharse, los ciudadanos romanos se dejan llevar pasivamente, o bien intentan sustraerse en lo que pueden a sus obligaciones; los pobres, por la huida o la revuelta; los ricos, usando su influencia para obtener exenciones legales; básicamente todos son más o menos refractarios. Esa insumisión se manifiesta especialmente en el terreno militar: los hombres se substraen al reclutamiento; por otra parte, a unos reclutas sin valor, el Estado prefiere el dinero que le permite enrolar mejores soldados entre los bárbaros. A fines del siglo IV, todo el ejército romano, hasta en sus más altos grados, está formado por mercenarios extranjeros. No hay duda en que estos soldados son ardientes defensores del Estado que les mantiene y de una civilización que pretenden asimilar. Síntoma inquietante, sin embargo: en medio de la masa inerte de los romanos la única institución política viva, la única fuerza, está en manos de los bárbaros.

Decadencia igualmente del comercio y de las ciudades. En Occidente, y en particular en la Galia, donde la paz romana favoreció el florecimiento de la agricultura, la economía urbana y mercantil fue implantada de manera artificial en los siglos I y II y, al depender por completo del Oriente, se debilita de manera progresiva. La aristocracia se procura en países griegos la mayor parte de objetos de lujo que usa; los mercaderes levantinos, dueños de ese comercio de importación, venden mucho y compran poco, y esos cambios en sentido único agotan poco a poco las reservas de metales preciosos acumuladas en Occidente por la conquista romana. A finales del siglo IV el oro se ha hecho raro y la penuria de medios de pago lleva consigo la disminución de los movimientos comerciales a larga distancia y, como consecuencia, la decadencia de las ciudades.

Durante los extraordinarios desórdenes del siglo III, las vastas ciudades del Alto Imperio se habían replegado en un recinto apresuradamente construido y a causa de ello estrecho; la vida se retira poco a poco de esas ciudadelas. En efecto, como el envilecimiento de la moneda menuda de plata hacía también más difícil el tráfico local de géneros agrícolas, los ciudadanos ricos van a instalarse en las fuentes del abastecimiento, en sus *villae* del campo, en el centro de sus propiedades; pronto toman gusto a la vida campestre, cuyos placeres ya celebran algunos mosaicos del siglo IV, y se acostumbran a reemplazar los objetos importados de Oriente por los productos, más groseros pero mucho menos caros, de la industria doméstica. Los colegios urbanos de artesanos y de comerciantes, explotados desmesuradamente por el fisco imperial y hundidos en el marasmo por la deserción de sus clientes de las clases elevadas, se van quedando vacíos. De esta forma, lentamente, se abre paso a un sistema económico replegado sobre la agricultura; ciudades, mercados, calzadas son poco a poco ahogados por el medio rural, y esta atrofia de la circulación monetaria y de los instrumentos de relación no contribuye a reforzar los medios del Estado. También éste se hace netamente agrario; sus recursos tienden a reposar sobre el impuesto territorial, pagado casi siempre en especie, de recaudación más dificultosa y cuyos ingresos son utilizables con menos facilidad. La ruralización de la economía y de la hacienda pública lleva prácticamente a confiar a los grandes propietarios la manutención directa, por la requisa o el albergue, de los funcionarios y de las guarniciones militares y prepara así el fraccionamiento de los poderes.

Favorece también la formación de una nueva estructura social, a pesar de los esfuerzos del gobierno imperial que, para simplificar su labor y para establecer la base del impuesto, desea vincular hereditariamente cada hombre libre a su condición y a su función económica. La decadencia de las ciudades, la presión excesiva del fisco, que arruina a los pequeños propietarios independientes

y les mueve a solicitar el patronazgo de los poderosos capaces de protegerles contra los recaudadores, aparejan la decadencia de la clase media y acrecientan la influencia de la aristocracia, de la clase senatorial, enriquecida en el ejercicio de las funciones civiles. La gran propiedad rural se convierte en el marco principal de la sociedad. En su vivienda, con frecuencia fortificada y protegida por una guardia privada, servido por la tropa de sus esclavos domésticos, el propietario domina por completo a los colonos, que a cambio de censos y prestaciones, explotan sus arriendos y de quienes es el responsable frente al Estado; los agricultores libres de las cercanías entran en su clientela, le ofrecen su lealtad y sus servicios. Aparte de esos señoríos territoriales, que cada vez escapan más a los poderes públicos, la sociedad se descompone: ciudadanos cada vez menos numerosos y más pobres, poblados agrícolas aún más independientes pero dispuestos a aceptar la tutela de un defensor, tropas de insumisos, esclavos fugitivos y campesinos arruinados por el impuesto.

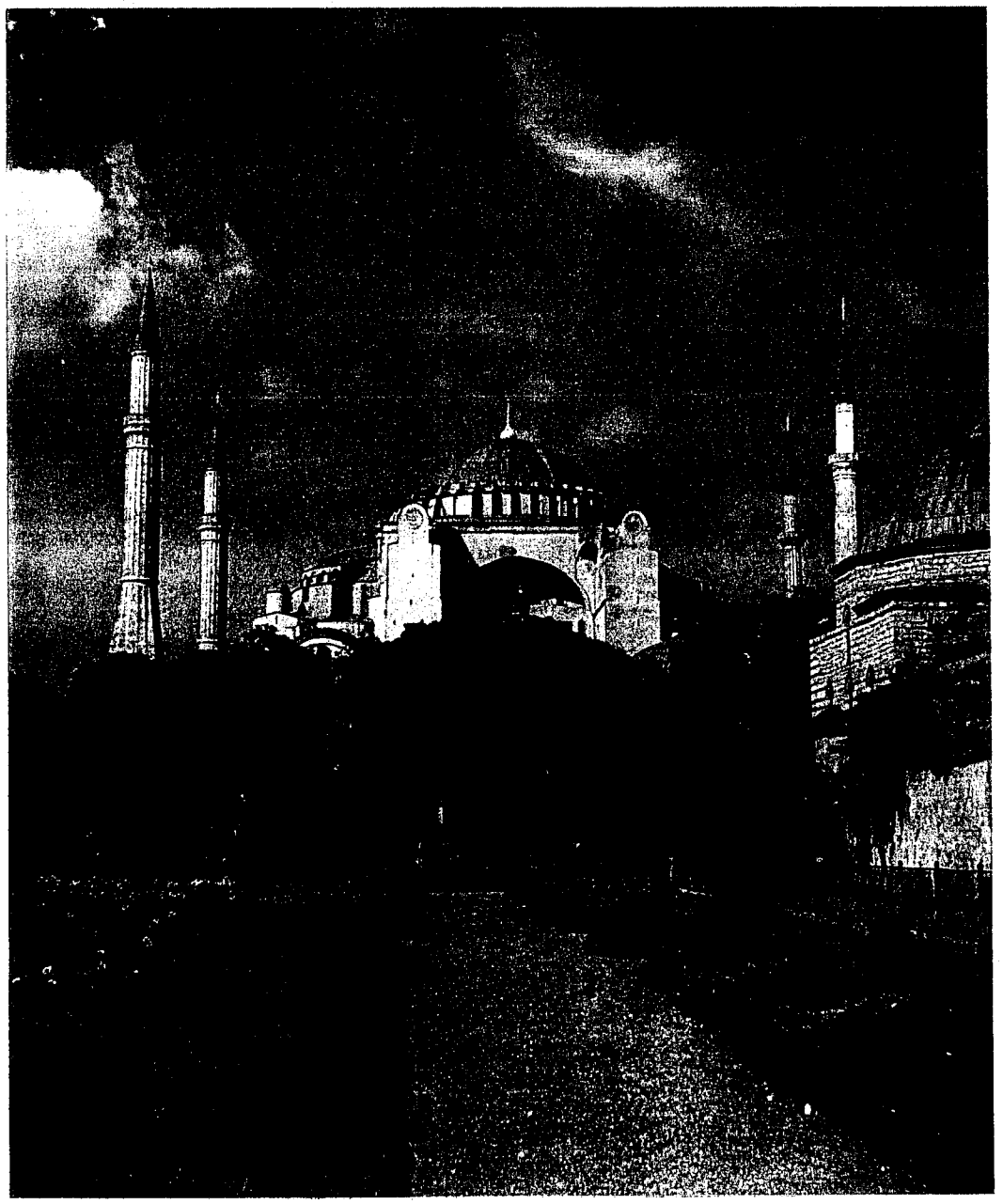
Hundimiento de la civilización

Son aun los valores espirituales de la civilización, religiosos, intelectuales, artísticos, los que, en el Occidente de fines del siglo IV, aparecen menos afectados por la decadencia. Indudablemente, bajo la influencia del cristianismo y de lo que esta religión conserva de sus orígenes orientales y populares, el arte y el pensamiento se separan poco a poco de las formas clásicas, pero en compensación se enriquecen con nuevas aportaciones. La adaptación del platonismo por San Ambrosio y San Agustín, el arte de los retratos sobre vidrio dorado y los dípticos de marfil de Italia del Norte atestiguan, entre otras creaciones de esos tiempos, ese enriquecimiento espiritual. Y si, a los lados de los sarcófagos, los escultores tratan de una manera más esquemática y angulosa la figura humana, es menos por falta de habilidad que por la búsqueda de un estilo nuevo y porque se esfuerzan en expresar, más que la belleza sólo formal, la parte sobrenatural que el mensaje cristiano acaba de revelar en el interior del hombre.

No obstante, también en este terreno se disciernen signos de retroceso. Este descenso de nivel es en primer lugar la consecuencia de la difusión, de la vulgarización de los valores religiosos y culturales; el cristianismo en especial, a medida que se extiende en las capas superiores de la sociedad romana, pierde en elevación lo que gana en extensión; así vemos cómo la religión del joven aristócrata de Burdeos Paulino de Pella, parece cómoda, fácil, adaptada al género de vida relajado de la clase senatorial. Pero sobre todo, la decadencia de la cultura está vinculada a la contracción de la economía y a la ruina de las ciudades. El enrarecimiento de los encargos por parte de una aristocracia que se hace rural y debe restringir sus gastos, trae consigo la clausura de los talleres de arte y un descenso de la técnica, sensible por ejemplo en el arte

1.—La Emperatriz Teodora y su séquito.

4



2.—La basílica de Santa Sofía de Estambul.

funerario de Arlés desde el año 390. Las ciudades se despueblan; y la ciudad era la escuela, el lugar de las lecturas públicas de obras literarias, el hogar de la vida intelectual. Retirada al campo, la gente de mundo continúa ciertamente aficionada a la cultura: se reúnen con tanta frecuencia como les es posible, se prestan libros y se escriben (la correspondencia será durante largo tiempo el género literario más vivo); además confían sus hijos a preceptores. Y sin embargo, a medida que la educación se hace más familiar, más doméstica, a medida que se espacian los contactos con el exterior, las tradiciones intelectuales y artísticas se bastardean bajo la influencia del medio rústico no civilizado. Pues a fines del siglo IV la cultura antigua era aún patrimonio de una minoría restringida; mientras esa minoría formaba cuerpo en las ciudades, el arte y el pensamiento podían florecer y resplandecer; de muy distinta manera van las cosas cuando el pequeño grupo se dispersa y sus miembros van a perderse en la masa de los *pagani*. Lejos de las ciudades, aislados, los hombres cultos están condenados a convertirse en palurdos.

De esta forma, alrededor del año 400, la civilización occidental, sin que los contemporáneos tengan claramente conciencia de ello, se encuentra en plena transformación. Mientras que el Estado pierde sus medios de acción, la influencia política real tiende a repartirse entre la aristocracia territorial y los condotieros extranjeros; las tradiciones rurales indígenas cobran nuevo vigor, mientras se debilitan un género de vida y una cultura de importación, vinculados a las ciudades y al gran comercio. Un acontecimiento iba a precipitar bruscamente esta evolución natural: la invasión de los bárbaros.

Migraciones de los germanos

Más allá del Rin y del Danubio se extiende el país de los bárbaros, es decir, la porción del mundo, casi desconocida, que no tiene la fortuna de participar en la civilización romana. Los bárbaros que viven en contacto inmediato con el *limes* son los germanos, campesinos mal fijados a una tierra a menudo ingrata y cultivada con técnicas primitivas. La familia es su célula social fundamental, y los vastos grupos consanguíneos están agrupados en tribus, reunidas a su vez en confederaciones militares, los "pueblos", pueblos francos — salios y ripuarios —, alamán, burgundio, vándalo, ostrogodo y visigodo, dirigidos por jefes guerreros, los reyes. La frontera que separa el mundo bárbaro de la *Romania* no es impermeable: misioneros llegados del Imperio han introducido entre los godos la religión cristiana, pero bajo una forma herética, el arrianismo; inversamente, gran número de germanos han pasado el *limes*, ya para instalarse como agricultores en las regiones poco pobladas del mundo romano, ya para emprender la carrera de las armas. Desde 280, Roma consigue controlar esta inmigración. Pero en los últimos años del siglo IV, como resultado del empuje llegado a través de las estepas desde el corazón de Asia, los pueblos germanos ejercen sobre la

frontera, defendida más débilmente, una presión creciente: la barrera cede y los bárbaros invaden la porción occidental del Imperio.

En primer lugar los visigodos, victoriosos del emperador Valente en 378, fuerzan el Danubio. El gobierno imperial consigue desviar su marcha hacia Occidente; su rey Alarico toma Roma en 410; en 412, están en el sur de la Galia. Ésta acaban de atravesarla los vándalos que, acompañados de alanos y suevos, han pasado el Rin el último día del año 406; a continuación se detienen algún tiempo en Hispania — donde han llegado en octubre del 409 — y, finalmente, en 429, Genserico lleva los vándalos a la conquista de África. El norte de la Galia es progresivamente penetrado por los francos, los alamanes y los burgundos, que se instalan en Saboya en 443. Entre 400 y 430 las guarniciones romanas han evacuado Britania; faltos de protección, los indígenas celtas pronto se ven amenazados por las invasiones de los sajones que procuran establecerse en todas las costas del Mar del Norte y de la Mancha; hasta fines del siglo V, consiguen detener la invasión; pero a seguido los germanos les arrinconan en el norte y en el oeste de la isla y una parte de los britones emigra entonces a Armórica. En 451 y 452, los hunos de Atila habían lanzado desde la Panonia sus incursiones rápidas sobre la Galia y la llanura del Po. Por último, en 488, Teodorico, rey de los ostrogodos, entra en Italia con su pueblo. De esta forma, una amplia migración instala en menos de un siglo a los germanos en todas las provincias occidentales del Imperio, mientras que el Oriente aún se mantiene indemne. La opinión tradicional sitúa en este momento el límite incierto entre la más baja Antigüedad y la más alta Edad Media; ¿cuáles fueron las consecuencias de este acontecimiento en la historia de la civilización?

En las cercanías de la frontera, los establecimientos romanos, ciudades de guarnición y mercados fronterizos, que estaban muy diseminados y ya penetrados profundamente por elementos bárbaros, desaparecieron casi sin dejar huella. Britania quedó repartida entre los celtas indígenas y los sajones. En Flandes, en la Renania, entre el Danubio y los Alpes, los invasores, francos, alamanes, bávaros, se convirtieron en mayoría y colonizaron el país; muchos romanos emigraron, como por ejemplo Salviano de Tréveris, que fué a instalarse a Marsella. Abandonados a ocupantes rústicos, que no supieron cuidarlos y los saquearon inconscientemente, los monumentos de las ciudades y de las *villae* suburbanas cayeron pronto en ruinas. Las escuelas, las comunidades cristianas desaparecieron; borrando el *limes*, esos territorios fueron anexionados a la Germania, al mundo de las familias y de los clanes, de la economía puramente pastoril o agrícola y del paganismo. Un fenómeno análogo se produjo en Armórica, invadida por los britones de las islas, y en las montañas cantábricas, donde los indígenas superficialmente romanizados volvieron a su estado primitivo. De esta forma, la civilización romana quedó destruída en una zona señalada aproximadamente por el límite lingüístico que actualmente separa las lenguas vascas, celtas y germánicas de las lenguas románicas.

Al sur de este límite las consecuencias de la invasión fueron mucho menores. Poco numerosos — los compañeros de Genserico eran unos 80.000 al pasar el estrecho de Gibraltar y sólo 20.000 ostrogodos seguían a Teodorico —, los bárbaros que penetraron en las regiones mediterráneas habían asimilado, además, algo de la cultura romana; en su mayor parte se habían convertido ya al cristianismo. Es verdad que estaban armados, eran brutales y codiciosos y, por este motivo, el paso de sus bandas a través de Italia, la Galia, Hispania y África fué una catastrofe que sacudió profundamente el mundo latino. Destrucciones materiales, saqueos, incendios: el hecho de que muchos tesoros escondidos no fueron jamás desenterrados por sus dueños prueba que gran número de romanos ricos murieron o partieron para un éxodo sin retorno. Y, entre los que se quedaron o sobrevivieron, algunos se arruinaron, como Paulino de Pella que, no obstante, se había esforzado en colaborar con los invasores y, por conservar sus bienes, no había querido refugiarse en sus propiedades de Oriente.

Agitación social: por todas partes los esclavos se sublevaban y con frecuencia los campesinos pobres ayudaron a los ejércitos bárbaros. Desorden económico: la inseguridad interrumpió el comercio, entorpeció el abastecimiento de los artículos exóticos. Choque psicológico sobre todo: la caída de Roma en 410 llenó de estupor a todo el mundo civilizado; allá en el fondo de la Judea, San Jerónimo, abrumado por la amargura, suspendió un momento su trabajo; para los senadores todavía paganos, era la venganza de los dioses abandonados, el efecto desastroso de la moral cristiana de la no-violencia; los cristianos se sintieron llenos de inquietud: ¿por qué Dios no había protegido la ciudad de San Pedro? Algunos, llenos de angustia, volvieron a los viejos ídolos, todos creyeron en el próximo fin del mundo: "La paz ha dejado la tierra, dice Próspero de Aquitania, todo lo que ves está próximo a su fin"; y San Agustín, para combatir a los detractores de la fe y reconfortar a los desfallecientes, escribió la *Ciudad de Dios*. Sin embargo, pasada la tormenta, sus efectos fueron reparados con rapidez y renació la confianza. En 417, Rutilio Namaciano cantaba la vuelta de la abundancia, el renacer del intercambio comercial y de la vida mundana. Para Orosio la invasión no era más que un accidente; Dios la había permitido con el fin de que, en el seno del Imperio romano siempre glorioso, los bárbaros pudiesen ser asimilados y evangelizados en la verdadera fe. Y entre 422 y 440, las basílicas de Santa Sabina y de Santa María la Mayor fueron construídas en Roma y decoradas con mosaicos según las puras tradiciones del arte constantiniano.

Las nuevas estructuras

La migración de los pueblos germánicos en los países latinos costeros del Mediterráneo no afectó de modo algo duradero más que a la estructura política. Al otro día de la invasión el gobierno imperial se aprestó a legalizar la presencia de los bárbaros en territorio romano. Desde hacía mucho tiempo Roma acogía guerreros germánicos; las bandas de los invasores no eran tan diferentes de los cuerpos del ejército oficial; acantonándolas cada una en una provincia, las integró en el sistema militar mediante un contrato de "federación". Ya antes de penetrar en Italia, Alarico *magister militum*, era un oficial superior del ejército romano, y en 415 los federados visigodos fueron instalados en Aquitania por tratado; acuerdos semejantes sancionaron el establecimiento de los federados vándalos, si no en Hispania en 411, donde el reparto del país con los suevos y alanos fué hecho al margen de la autoridad romana, al menos en Numidia en 435, en toda la parte oriental de la antigua África romana en 442, y también de los federados burgundos en Saboya en 443; jefe de los federados ostrogodos, Teodorico era en 483 *magister militum* y patricio. Los federados conservaban su derecho nacional y su organización autónoma; su rey trataba directamente con Roma, prometiendo el servicio de su pueblo a cambio de la manutención material de sus hombres.

Para asegurar esa manutención el gobierno imperial aplicó, adaptándolos, los métodos que antaño le permitían alojar tropas y funcionarios durante sus desplazamientos. Se les proveía de billetes de alojamiento y de vales para víveres a retirar en los almacenes públicos de la anona. La ruralización de la economía, la necesidad de prever un establecimiento duradero obligaron a modificar un poco el régimen de la "hospitalidad": los propietarios tuvieron que abandonar el tercio o los dos tercios de algunas de sus fincas a los jefes de bandas, quienes instalaron a sus hombres en las tierras concedidas. Parece que la operación se llevó a cabo sin excesiva dificultad, pues los bárbaros a instalar eran relativamente poco numerosos; los miembros de la clase senatorial estaban acostumbrados a recibir en guarnición guerreros extranjeros; sólo los más refinados, así un Sidonio Apolinar, se sintieron algo molestos por la rudeza de sus huéspedes. Los servicios civiles siguieron funcionando como anteriormente, sumándose en algunas regiones del Imperio una carga nueva — la manutención de un ejército de ocupación permanente — a las obligaciones ordinarias de los romanos.

Sin embargo, en esas regiones, el verdadero poder había pasado a las manos del rey bárbaro, señor elegido del pueblo federado. Su fuerza, así como la autoridad de que estaba investido por una delegación oficial, le llevaron a controlar toda la administración; sus lugartenientes, los condes — título tomado de la jerarquía militar del Bajo Imperio — fueron los encargados de

mantener la seguridad en las subdivisiones del territorio ocupado. Poco a poco los órganos del ejército sustituyeron a los del debilitado Imperio; la región se convirtió en un reino, en el que bárbaros y romanos se encontraban sometidos por igual al poder del jefe guerrero. Este procuró muy pronto extender su influencia fuera de la zona confiada a la guarda de sus tropas, obligando al poder imperial a retirarse y empujándole progresivamente hacia Oriente: ya, mucho antes de la invasión, la capital del Imperio de Occidente fué trasladada de Tréveris a Milán; en 403, se estableció en Rávena, reducto aislado por las marismas, pero puerto abierto a los mares griegos. Y, cuando en 476, el último ejército romano se sublevó, queriendo las mismas ventajas concedidas a los pueblos federados, su general, Odoacro, depuso al emperador, se instaló en el palacio de Rávena y remitió las insignias imperiales a Bizancio. Este gesto devolvía al Imperio romano su unidad; en adelante ya no existía más que una capital, Constantinopla. Desde el punto de vista legal, el Occidente no se había separado y los jefes bárbaros se consideraban delegados del emperador. "Yo parezco rey entre los míos, más no soy sino soldado vuestro", escribía aún a principios del siglo VI el rey burgundio Segismundo al emperador Anastasio. De hecho, sin embargo, la parte latina del Imperio estaba dividida entre una serie de reinos prácticamente autónomos.

Pero, a la inversa de cuanto había sucedido en las regiones fronterizas, este nuevo arreglo de las relaciones políticas no provocó ruptura alguna en la historia de la civilización. En las orillas del Mediterráneo, los bárbaros, dueños absolutos del poder, no eran más que una ínfima minoría y, además, se mantuvieron durante mucho tiempo acantonados formando pequeños grupos al margen de las poblaciones romanas: así, por ejemplo, en las ciudades italianas, los ostrogodos ocupaban barrios especiales. Únicamente los jefes germánicos entraron rápidamente en contacto con los miembros de la clase senatorial, unidos al nuevo régimen en la medida en que éste les permitía vivir holgadamente, y que seguían llenando las funciones de la administración civil. Pero, entonces, fueron los invasores los que asimilaron la cultura indígena. En efecto, los usos que aportaban era de calidad demasiado inferior para ser adoptados por la aristocracia latina, a excepción quizá de ciertas formas más calurosas de devoción personal que se introdujeron en los cuadros jurídicos de la *commendatio* romana. Por su parte los bárbaros estaban ávidos de integrarse en el mundo civilizado; persuadidos, como decía Sidonio Apolinar, que "el único indicio de nobleza era ahora el conocimiento de las letras", se convirtieron en discípulos de los romanos.

Además, aunque las destrucciones, el despilfarro de riquezas que siguió a la invasión, la introducción de elementos rústicos en la minoría cultivada, bajaran sensiblemente el nivel general acelerando el paso de una civilización

7

urbana a la rusticidad, la continuidad no se quebró. La correspondencia de Sidonio Apolinar, que volvió encantado de una visita a la corte de los reyes visigodos en Toulouse, muestra que, a mediados del siglo V, en ciertos círculos aristocráticos galos, la cultura no había perdido nada de su refinamiento. Algunos años más tarde, en África, el palacio de los reyes vándalos es el centro de un verdadero renacimiento literario. A principios del siglo VI, Teodorico se esfuerza con éxito en hacer florecer de nuevo en Italia la civilización romana: mantiene y restaura los monumentos de Roma, construye en Rávena iglesias y edificios en el estilo imperial de Bizancio; en las principales ciudades, las escuelas de retórica, que desde el siglo IV no han cambiado de locales ni de métodos, se benefician con sus subvenciones, y los literatos se disputan sus favores. Mientras que, en sus panegíricos construídos según las reglas tradicionales de la retórica, el obispo Enodio de Pavía felicita al rey bárbaro por ser romano en cuanto al espíritu, Boecio, persuadido de que la república romana sigue viviendo y de que conviene enriquecer su cultura, se aplica en poner al alcance de sus contemporáneos, incapaces de leerlas en el original, las obras clásicas de la filosofía griega; Casiodoro, romano de nacimiento y jefe de la cancillería real, prepara por su parte, predicando la tolerancia mutua, la fusión completa entre godos y romanos.

¿Abandonados los confines septentrionales del Imperio, replegada sobre el Mediterráneo, iba la civilización latina a proseguir pausadamente su evolución en el marco de los nuevos reinos? No, pues la religión formaba una barrera entre los señores germánicos y sus súbditos. Los bárbaros eran cristianos, pero arrianos, por tanto herejes; tenían su clero, sus iglesias, y ese particularismo religioso reforzaba su conciencia nacional. Lejos de dejarse ganar por la ortodoxia, a veces perseguían a los católicos: éstos, en el África vándala, eran arrojados de sus basílicas y deportados. Como es sabido, a los ojos de los cristianos, Roma representaba ante todo la unidad de fe. De este modo, bajo la dirección del episcopado, que después de la decadencia definitiva de la administración imperial se había convertido en portavoz y defensor titular de las poblaciones ciudadanas romanas, se organizó una resistencia de carácter religioso contra los ocupantes, cada vez más fuerte. Resistencia en la Galia: nombrado obispo de Clermont, Sidonio Apolinar se esforzó por todos los medios, después de 470, en impedir que el rey visigodo Eurico se anexionase la Auvernia católica. Resistencia en África, estimulada por las exhortaciones de los obispos exilados. Resistencia en la propia Roma, donde se organizaron conspiraciones contra Teodorico. Amenazado, el gobierno bárbaro se hizo más tiránico: Boecio y el Papa Juan I murieron prisioneros del rey de los ostrogodos. De esta forma creció la tensión y acabó por conmover los cimientos de los reinos, pues, para librarse de una dominación que les era intolerable en

tanto que herética, los católicos favorecieron por una parte los intentos del emperador de Bizancio que deseaba restablecer la autoridad imperial y, por otra parte, la progresión de los bárbaros del Norte, los francos, todavía paganos, y por lo mismo, susceptibles de ser convertidos a la ortodoxia. Así, cien años después de las primeras invasiones, la oposición religiosa entre los romanos y sus reyes godos y vándalos provocó un nuevo arreglo político de Occidente que, separando de las orillas mediterráneas, vinculadas al imperio griego, el continente dejado en manos de los más bárbaros entre los germanos, iba a orientar en una nueva dirección la historia de la civilización occidental.

Las tierras mediterráneas

El emperador Justiniano liberó fácilmente el África en 533 y, en 554, la Bética, en la España visigoda, pues era dueño del mar. Pero no tenía medios para llevar sus ejércitos lejos de las costas: por ello la zona insumisa se extendió en el Magreb, mientras que la dominación visigoda se mantuvo en el interior de Hispania; nada se intentó contra la Galia, e incluso las costas de Provenza fueron abandonadas a los francos; por último, para devolver Italia a la autoridad inmediata del Imperio, los generales bizantinos hubieron de conducir difíciles y largas campañas: atacadas en 535, las guarniciones ostrogodas no fueron definitivamente reducidas hasta 563. La liberación fué, pues, imperfecta y ruinosa.

Imperfecta, pues convirtió las provincias reconquistadas en anexos de un Imperio marítimo oriental, dependencias periféricas completamente sometidas desde entonces a las influencias venidas del Este. Desde los grandes puertos, Rávena, Nápoles o Cartago, las modas griegas invadieron esas colonias, difundidas en el siglo VI por los militares, los funcionarios, los aventureros y los traficantes llegados a Bizancio; en el siglo VII, sobre todo por eclesiásticos que huían de la invasión árabe. Esta penetración, testimoniada elocuentemente por los monumentos de Rávena construídos y decorados a partir de la expulsión de los godos, fué muy profunda, según lo manifiestan los frescos de inspiración completamente helénica de la pequeña iglesia de Castelseprio, al norte de Milán, y de consecuencias duraderas: la intrusión de las formas artísticas bizantinas — que, cuando se mezclaron con las tradiciones indígenas, como en el caso de los mosaicos de la basílica romana de los santos Cosme y Damián, dieron lugar a obras admirables — orientó la historia toda del arte medieval italiano.

Las relaciones más estrechas con los grandes centros de cultura del Próximo Oriente realzaron, pues, claramente el esplendor de la civilización en los territorios liberados. De todas formas, la ruinosa empresa de Justiniano tuvo como principal efecto el debilitarlos peligrosamente. En efecto, acumuló destrucciones materiales, haciendo vacilar en Italia los últimos cimientos de la civilización romana que Teodorico se había esforzado en consolidar. De en-

8

tonces, en particular, data la decadencia de la ciudad de Roma: sus cónsules desaparecen en 541; los juegos de circo y los triunfos se acaban respectivamente en 549 y 552; el Senado es mencionado por última vez de manera cierta en 579. Las campiñas fueron devastadas, diezmadas las minorías selectas, desatados muchos rencores contra los bizantinos, que sólo pensaban en explotar su victoria. Por esta causa las provincias reconquistadas constituyeron una zona vulnerable abierta a nuevos invasores: de hecho, en 568, cinco años sólo después de la rendición de los últimos combatientes ostrogodos, otro pueblo germánico, el de los lombardos, pasaba los Alpes y se extendía por la agotada Italia del Norte; y África fué sumergida por la invasión musulmana un siglo más tarde. Por consiguiente, la reconquista, lejos de restaurar de manera duradera la unidad del mundo romano, determinó por el contrario, siguiendo las orillas septentrionales del Mediterráneo, el Apenino ligur y el curso inferior del Po, una primera y decisiva fractura del Occidente: vueltos hacia Oriente la Italia peninsular, las islas, África y sus prolongaciones hispánicas, el continente se encontraba cortado del mar latino y de las más tenaces supervivencias de la civilización antigua, y de nuevo abandonado a la barbarie germánica: en adelante se organizaría progresivamente y de una manera autónoma alrededor de la Galia franca.

La Galia franca

Instalados entre el Rin y el Somme, los francos salios eran, desde mediados del siglo V, aliados del pequeño Estado romano de la Île de France, última reliquia del poder imperial en la Galia, y lo defendían contra los hunos, los visigodos y los piratas sajones. Hacia 470, el más activo de esos auxiliares, el rey de Tournai, Childerico, había sustituído poco a poco a los jefes romanos. Su hijo Clodoveo derrotó en 486 al último de ellos, Siagrio, en Soissons, se apoderó de su tesoro, suprimió los reyes de las restantes tribus salias y, venciendo en el este a los alamanes, sometió a su poder todos los países entre el Mosa y el Loira. En los últimos años del siglo V arrojó de Tours a los visigodos y, bien acogido por el obispo de la ciudad, impresionado también por los milagros de San Martín, decidió convertirse, no al arrianismo como los otros bárbaros, sino al catolicismo. Su bautismo, que tuvo lugar en Reims entre 496 y 506, hizo de Clodoveo el único jefe de Estado católico en todo el Occidente, acontecimiento capital que fué anunciado a todos los obispos de la Galia. Uno de ellos, Avito de Vienne, expresó el sentimiento común exhortando al neófito a dirigir en adelante la evangelización, lo que equivalía a invitarle a liberar el sur de la Galia de la tiranía de los arrianos. En efecto, Clodoveo lanzó sus tropas contra los visigodos, los aplastó en Vouillé en 507, mató a su rey Alarico y los arrojó al otro lado de los Pirineos. Después de esta expedición se revistió en Tours con las insignias consulares que le había enviado el emperador Anastasio; "a partir de aquel día, dice Gregorio de Tours, se le llamó

cónsul y augusto. Habiéndose impuesto en el Rin a los francos ripuarios, se estableció en París y murió en 511, después de haber presidido en Orleáns el primer concilio general de la Iglesia franca. Sus hijos debían completar la obra, anexionando en 534 el reino burgundio y sometiendo la Turingia; Thiberto, que había ayudado a Justiniano en Italia, se hizo confirmar la posesión de la Provenza y fué el primero de los reyes bárbaros que acuñó monedas de oro con su efigie. Hacia la mitad del siglo VI toda la Galia — a excepción de las regiones vasca y bretona y de la Septimania visigoda —, y una parte de la Germania estaban reunidas en un solo Estado, el *regnum Francorum*.

Formación política original: el Imperio no había intervenido en su instalación. Se hizo aparte de los marcos jurídicos de la "federación" y de la "hospitalidad", sin destrucción ni quizá expoliación en masa, pues no es seguro que los jefes francos, que se habían apropiado del patrimonio público, despojaran de una parte de sus tierras a los miembros de la aristocracia galo-romana. La unidad de fe favorecía la asimilación completa de las capas superiores de la sociedad: en el último cuarto de siglo VI, Gregorio de Tours, aunque salido de la clase senatorial, celebra con orgullo la gloria del pueblo franco del cual se siente miembro. Esta vez ya no se trataba de la introducción de bárbaros parásitos en el mundo romano. Al contrario, una parte de la romanidad se encontraba englobada en una nación cristiana, ajena a la empresa de Bizancio, con sus principales centros políticos, París, Orleans, Reims, Soissons, situados en los confines del mundo civilizado, y que, hacia el norte y hacia el este, penetraba profundamente en la barbarie germánica. En este cuadro se vió cómo en los siglos VI y VII, paulatinamente las tradiciones romanas se mezclaban con las costumbres aportadas por los invasores, naciendo de esta mezcla una civilización original.

A decir verdad, la fusión estuvo marcada en su principio por una baja sensible del nivel cultural, y esta atonía subraya más el contraste entre el continente y las regiones meridionales, Italia y África del Norte, vivificadas, al contrario, por contactos más estrechos con Oriente. Este retroceso sensible hasta principios del siglo VIII, afectó tanto a las instituciones políticas como a la estructura social, las actividades económicas como la vida intelectual y religiosa.

La sociedad merovingia

Clodoveo y sus hijos no eran, como los jefes de los primeros reinos bárbaros, simples federados, respetuosos con el Estado romano que les había tomado a su servicio, sino libres conquistadores. Habían ascendido al poder por la fuerza y con el asesinato de sus rivales; por consiguiente lo tenían en concepto de propiedad personal, como una parte de su patrimonio del que no tenían que dar cuenta a nadie y que a su voluntad podían repartir con sus amigos y distribuir a su muerte entre sus herederos: de esta forma, en 511, el territorio conquistado se dividió en cuatro

partes, entregándolas a cada uno de los hijos de Clodoveo. Los reyes merovingios concebían su autoridad de una manera rudimentaria, inspirándose en el *ban* que sobre los hombres de la tribu detentaban sus antepasados, los reyes de Tournai: se consideraban ante todo como jefes guerreros, encargados de conducir en el combate a su pueblo y de que reinara la paz en su seno, presidiendo las asambleas judiciales y haciendo ejecutar sus sentencias. Dueños de toda la Galia, impusieron a los habitantes de condición libre, romanos o bárbaros, el servicio de las armas y el derecho de apelación. Pero no pensaron en absoluto en asumir otras funciones, en proseguir la obra de Roma y en extender la cultura, como lo había deseado Teodorico; quisieron simplemente disfrutar de un poderío: para ellos el reino se convirtió en una especie de explotación doméstica que tenía que aprovechar sólo a su poseedor. Administrados por sus intendentes, los dominios del fisco aseguraban el mantenimiento de su casa. También deseaban recursos en numerario y, para ello, se esforzaron en salvaguardar aquellas instituciones que fácilmente podían procurarles oro. El cobro de la capitación territorial se les hacía harto complicado — era necesario tener al día los registros del catastro — y, por otra parte, la noción de impuesto directo era extraña a las costumbres germánicas; los reyes renunciaron pronto a esos ingresos, por lo demás bastante menguados. En cambio multiplicaron las tasas sobre la circulación, los peajes, muy fáciles de recaudar. Abandonados, los otros engranajes de la máquina administrativa romana se descompusieron pronto. La autoridad local fué ejercida, en una circunscripción, el *pagus*, que en el sur del reino correspondía aproximadamente a la antigua *civitas*, por un amigo del rey, el conde, investido de todo el poder militar y judicial del soberano y encargado esencialmente de transmitir al palacio, después de haber retenido una parte como salario, el producto de los peajes y de las multas.

La noción abstracta del Estado borrábase en el mismo momento en que la brusca dilatación del reino sobre un vasto territorio relajaba los vínculos tradicionales que antes unían a los hombres libres del pueblo salio a la raza de sus reyes, y los soberanos merovingios para establecer sólidamente su despotismo egoísta tuvieron que ganarse la confianza de una clase dominante haciéndola participar en los gajes de poder. Con este fin distribuyeron oro y tierras a hombres seguros, a cambio de un compromiso verbal de devoción y fidelidad personal; escogieron entre esos *leudes* los guerreros de su guardia personal, los condes, asociados a su gobierno y dotados de un conjunto de tierras vinculadas a su función, e incluso los obispos, que se creían con derecho de proponer a la elección de las comunidades cristianas. De esta forma los beneficios reales facilitaron la formación de una aristocracia hereditaria, clase desconocida de la sociedad franca, en la cual los hombres libres más ricos no

se distinguían legalmente de los más pobres. Investidas por delegación del poder real, algunas grandes familias, en las que se unían los descendientes de los jefes francos con los de los senadores galo-germanos, disfrutaron de privilegios jurídicos: en particular, el precio de la sangre de esos fieles del rey era tres veces más elevado que el de los hombres libres.

Mientras los merovingios se mantuvieron fuertes, consiguieron, distribuyendo juiciosamente sus favores y reprimiendo brutalmente las insumisiones, mantener la fidelidad de los grandes y seguir siendo por su mediación los dueños del reino. Pero, después de la muerte de Dagoberto (639), los reyes son todos muy jóvenes y mueren pronto, agotados por excesos precoces, degenerados que se dejan gobernar. A partir de este momento la aristocracia es omnipotente; en cada una de las tres provincias nacidas de los repartos sucesorios del poder real, Neustria, Austrasia y Borgoña, sus miembros se organizan para dirigir por sí mismos la explotación del reino. Tienen en la corte su mandatario, el *major domus*, el mayordomo de palacio. Éste, jefe de los intendentes domésticos, ejercía aparentemente las funciones más humildes; pero vigilaba toda la vida económica de la casa real, regulando sus desplazamientos de *villa* en *villa*, centralizando los recursos y decidiendo su destino; era él quien acogía los jóvenes de noble cuna, llegados a palacio para "recomendarse" y ser "alimentados" en la corte del soberano, abriéndoles las perspectivas de una carrera; se convirtió logicamente, con la decadencia de la raza real, en el principal personaje de un Estado en que funciones y órganos estaban reducidos a su mínima expresión. De esta forma, a fines del siglo VII, se acaba una evolución política y social ya esbozada en el Bajo Imperio: la noción de *respublica* cae en olvido; en vez de impuestos, los hombres libres tienen que prestar servicios personales, en el ejército y en las asambleas judiciales; todo el poder político se halla en manos de una pequeña casta de grandes propietarios territoriales, amos de esclavos y de colonos y señores de los francos de menor fortuna, que se han colocado en su *mainbour*.

En ese momento desaparecen igualmente, en el reino franco, las estructuras económicas heredadas de la Antigüedad. Hasta ahí se había prolongado el gran comercio de importación de los productos orientales; a tenor de un privilegio concedido por el rey Clotario III hacia 669, los monjes del monasterio de Corbie retiraban todavía del almacén público de las aduanas instalado en el puerto provenzal de Fos, perfumes, especias, dátiles, higos, grandes cantidades de aceite, y los religiosos consumían cotidianamente productos llegados de las regiones mediterráneas o del Próximo Oriente. Extendidos por todas las ciudades, los *Syri*, es decir, judíos y cristianos de lengua griega, monopolizaban el tráfico de estas mercancías exóticas; la abundancia de los recursos en oro, que la explotación de peajes proeuraba a los reyes merovin-

gios, es una prueba de la supervivencia del comercio a largas distancias. Pero las huellas de estos intercambios, en disminución desde hacía mucho tiempo, desaparecen unas tras otras al aproximarse el siglo VIII. Por todas partes los productos indígenas reemplazan a los artículos exóticos: así, entre 660 y 680, el uso hasta entonces general del papiro egipcio es abandonado por el del pergamino; así, en las provincias del norte, la cera sustituye al aceite para la iluminación de los santuarios. Los metales preciosos se inmovilizan en los tesoros de orfebrería, que conservan los reyes, las comunidades religiosas y los miembros de la aristocracia. Se deja de acuñar la moneda de oro, mientras que las piezas de plata, reducidas en su peso y cada vez más aleadas con plomo, pierden casi todo su valor. El profundo envilecimiento del signo monetario atestigua la extrema contracción de la economía franca.

Retroceso de la civilización

Paralelamente se había adulterado la cultura antigua. En las provincias meridionales del Estado franco sobrevivió más tiempo. En Provenza, hacia la mitad del siglo VI, un parisiense, designado por el rey para ocupar la sede episcopal de Aviñón, se creía demasiado rústico para dirigir una de esas cristiandades civilizadas del sur; en Aquitania, en el siglo VII, los escultores marmolistas de los talleres pirenaicos exportaban aún sus productos por todo el reino. Pero tales regiones, donde las tradiciones romanas tenían raíces tan profundas, se hallaban situadas en la periferia del mundo merovingio, y tratadas con frecuencia por las tropas francas ociosas — y fué especialmente el caso de Aquitania — como tierras de pillaje. Por ello, lejos de influir sobre las regiones de más allá del Loira y de elevar su nivel de civilización, se barbarizaron. Dejó de existir la enseñanza organizada, a excepción de la muy rudimentaria que recibían los clérigos en las escuelas episcopales. La administración real se ha simplificado tanto que los laicos destinados a la burocracia no tienen ninguna necesidad de instrucción. Se deja de leer y la lengua, sin el apoyo de la escritura, se aparta rápidamente del latín clásico. El poeta Fortunato, formado en Rávena, había tenido aún, a mediados del siglo VI, correspondencia con miembros de las antiguas familias senatoriales de la Galia. Pero treinta años más tarde, Gregorio de Tours escribe en un latín muy corrompido y maldice a su tiempo que ve morir el estudio de las letras. En el siglo VII, el obispo Didier de Cahors es el único que conserva en la Galia un leve barniz de cultura antigua y el autor de la crónica de Fredegario deplora un estado de barbarie que su propia obra atestigua manifiestamente.

Un retroceso semejante se observa por último en la organización de la Iglesia cristiana. Indudablemente bajo la dominación franca la Galia encuentra de nuevo la unidad de fe; durante todo el período merovingio ignora las controversias teológicas y las herejías, lo que, a decir verdad, más bien constituye una

prueba de atonía intelectual. Sin duda el rey cristiano favorece a la Iglesia, colma de limosnas a los santuarios y concede a los dominios eclesiásticos el privilegio de la inmunidad, o sea la exención de cargas fiscales. Es verdad también, que en una época en que cada uno piensa que la salvación se gana con ofrendas piadosas, la fortuna de los establecimientos religiosos crece regularmente. Sin embargo, como los demás vestigios de la civilización imperial, las instituciones religiosas fueron decayendo lentamente. En el siglo VI, el episcopado, reclutado en las antiguas familias de la aristocracia galo-romana, instruído y de vida pura, se mantiene sin disputa en medio de la descomposición general, como el órgano más vivo y más sano del mundo merovingio. Pero pronto los reyes distribuyen las funciones episcopales, fuentes de grandes ingresos, a favoritos sin valor moral que no pensaron más que en explotar su situación. Los concilios nacionales, que reunían los obispos alrededor del soberano y mantenían en el seno de la Iglesia franca una unidad de dirección y disciplina, se hicieron cada vez más raros en el siglo VII y dejaron de celebrarse después del año 696. A partir de este momento, buen número de sedes episcopales, especialmente en el sur de la Galia, dejaron incluso de ser provistas de titulares.

Pues bien, la decadencia del episcopado, pieza maestra del cuerpo eclesiástico, era muy grave. El paganismo reinaba todavía en el norte de la Galia; en toda la monarquía la fe cristiana estaba peligrosamente contaminada — el estudio de las sepulturas y de los ritos de inhumación lo demuestra — por las creencias de los invasores así como por el resurgimiento de antiquísimas supersticiones. Retroceso de la vida espiritual que acarreaba el de las costumbres; en los medios aristocráticos éstas se habían convertido en un espantoso salvajismo: inexistencia de moral conyugal, con la práctica del concubinato extendida por todas partes; no se recurría a la justicia, respondiendo la venganza a la brutalidad. Los esqueletos desenterrados en los cementerios merovingios llevan huellas de heridas o signos muy aparentes de raquitismo y atestiguan la amplitud de la mortalidad infantil y el descenso del promedio de vida. Este último testimonio confirma el de los textos literarios: violencias de los grandes, miseria e insuficiente alimentación en las clases inferiores. En todos los aspectos de la civilización se discierne la misma evolución: corrupción de las tradiciones antiguas, penetración progresiva de los usos y de la mentalidad germánica, paso a la barbarie.

La sociedad visigoda

Durante el siglo VII transformaciones análogas se producen en la España visigoda.

Los visigodos, tras su establecimiento en Toulouse con Walia († 418), habían logrado infiltrarse en Hispania hasta alcanzar la frontera de Galicia, en poder de los suevos. Unos veinte años antes de que los francos se convirtieran al catolicismo, los visigodos ocupaban la Cartaginense, la Lusitania, la Bética

11

y la Tarraconense. No representaban más que el uno por ciento aproximado de la población (unos 70.000 visigodos por unos siete millones de hispanorromanos) pero en sus manos se hallaba la autoridad militar. El repliegue a España (507) después de haber sido derrotados por los francos en Vouillé favoreció los contactos con la población indígena, católica o pagana aún, pero la diferencia de creencias impidió su fusión. Los textos de la época nos hablan de los desórdenes de la administración española; sendas cartas del ostrogodo Teodorico el Grande (523-526) a los gobernadores de Hispania, muestran el deseo de acabar con los funcionarios que utilizan pesas mayores a las normales para recaudar el impuesto territorial pagado en especie, o que obligan a los colonos de las fincas del patrimonio real — fuente principal de ingresos para el erario — a entregar rentas desproporcionadas al valor de los predios. Los vistas de aduanas tampoco cumplían las prescripciones estipuladas con respecto a los productos de ultramar que seguían llegando de Oriente, ni los vílicos o intendentes de fincas señoriales daban cuenta exacta a sus nuevos amos. Estas cartas nos muestran a la gran masa campesina hispanorromana oprimida por una burocracia corrompida al servicio de la nobleza visigoda.

La situación de los eclesiásticos — a juzgar por las actas conciliares — tampoco era muy halagüeña. El vicio y la superstición dominaban la sociedad. El mismo monarca que por un momento (Amalarico, 527) había protegido a la Iglesia católica hispana, se mostraba irreductible poco después en su deseo de que su esposa, una princesa franca, se convirtiera al arrianismo.

Desde mediados del siglo VI la presencia de soldados y funcionarios bizantinos en el territorio de la Bética — Murcia y Andalucía — que se les había cedido para su administración, significó una intensificación de la influencia oriental — el puerto de Cartagena fué entonces remozado por completo — que se refleja en los vasos y jarros litúrgicos y en otros objetos de orfebrería. Con la administración bizantina la Bética vió fortalecido su catolicismo. En su repliegue de fuerzas, el monarca arriano, Leovigildo, trasladó la capital del reino hispano de Sevilla a Toledo (576), pensando también que desde la Meseta sería más fácil dominar el norte insurrecto. Pero la reacción católica no se hizo esperar en Sevilla (rebelión de su propio hijo Hermenegildo) y el rey reaccionó a su vez con una violenta campaña contra los bizantinos peninsulares que redujo las posiciones de éstos — si bien no se logró eliminarles hasta cincuenta años después (Suintila, 631) cuando las condiciones habían variado ya substancialmente.

La fuerza del sector católico hispanorromano se evidenciaba ya en tiempos de Leovigildo con el inicio de la etapa de esplendor cultural visigodo — esplendor reducido a la esfera eclesiástica — que debía influir en el catolicismo irlandés a través de las relaciones atlánticas. Pero la conversión al catolicismo del monarca arriano Recaredo no tuvo lugar hasta el año 587 y no fué pública, arrastrando a la nobleza y a la jerarquía eclesiástica visigoda, hasta dos años después (III Concilio de Toledo).

La conversión de los visigodos al catolicismo fué casi un siglo posterior a la de los francos. Los visigodos habían influído en los suevos para que pasaran del catolicismo — que éstos habían aceptado superficialmente — al arrianismo pero, al parecer, existía un núcleo católico importante en Galicia y, cuando los visigodos presionaron sobre los monarcas suevos, éstos decidieron volver al catolicismo (hacia 580) para obtener el apoyo del sector católico hispanorromano. Cuando los visigodos se convirtieron estaban rodeados, pues, de países católicos. La actitud de Recaredo permitió la legalización de los contactos y muy pronto la fusión completa de bárbaros e hispanorromanos. Al poco tiempo, Chindasvinto († 653) promulgó leyes que refrendaban la unión racial de hispanorromanos y visigodos y con su hijo, colega y sucesor, Recesvinto, encargó la unificación legislativa a un grupo de eclesiásticos que redactó el *Liber judiciorum* o "Libro de los Juicios" (654) — vertido al romance castellano en el siglo XIII con el nombre de "Fuero Juzgo" —.

La unión aparejó los mismos efectos que en la Galia: decadencia de la cultura — Isidoro de Sevilla, muerto en 636, trazó en sus *Etimologías* el inventario de la herencia intelectual romana, pero después de él se dejaron de leer los autores profanos de la Antigüedad y el uso del latín clásico se perdió —; decadencia del poder real y predominio de la aristocracia. No obstante, en la península ibérica, el elemento germánico, bastante importante para corromper la civilización romana, lo era demasiado poco para infundirle fuerzas nuevas y regenerarla. Allí, la barbarización provocó un debilitamiento general y profundo y las pequeñas bandas de bereberes musulmanes que, en 711, invadieron la península pudieron conquistarla en algunas fáciles campañas, sin encontrar seria resistencia. En la Galia al contrario, y especialmente entre el Loira, el Mosa y el Mar del Norte, en esta zona de contacto entre las viejas regiones romanas y las comarcas germanizadas, la lenta degradación de las instituciones, de la cultura, de las creencias y de las técnicas antiguas fué compensada, en una medida amplia, por las aportaciones originales del mundo bárbaro; aquí, la fusión de los pueblos se reveló fecunda. En el seno mismo de la más profunda decadencia, se vió, en el curso del siglo VII, cómo se esbozaban los primeros signos de un renacimiento.

Signos de renovación

De esta suerte, la actividad comercial, considerablemente reducida por la ruptura casi completa de las relaciones mediterráneas, empezó a reorganizarse en un nuevo marco, a lo largo de itinerarios orientados hacia la fachada occidental de la Galia y las islas Británicas. El cabotaje no dejó de desarrollarse en el Sena y en el Loira, en el Mar

del Norte y en la Mancha, a lo largo de las costas atlánticas; el tráfico se hizo más intenso en Ruán y en el nuevo puerto de Quentovic en el Canche; y gracias a los comerciantes frisones, que frecuentaban las ferias de Saint-Denis y los centros comerciales de Londres y de York, se establecieron relaciones entre la Galia, la Germania renana y los países del Báltico. Mientras que la moneda de oro imperial, instrumento de los cambios con el mundo bizantino, escaseó rápidamente, las piezas de plata anglosajonas se extendieron por la Galia como testimonio de la nueva orientación de los negocios.

Otro signo de renovación: la difusión de la fe cristiana. El cristianismo, religión urbana hasta entonces, ayudado por el éxodo de las clases dominantes al campo, cabalmente en esta época empezó a penetrar en el medio rural galo: los lugares de culto erigidos por los obispos en las aldeas, los oratorios privados construídos por los grandes propietarios en las fincas que habían convertido en residencia habitual, fueron elevados a la categoría de iglesias bautismales, servidas por un grupo de clérigos, y se convirtieron en el centro de nuevas comunidades cristianas, las parroquias. Con progresión muy rápida: la diócesis de Bourges, que a fines del siglo VI no poseía arriba de cuarenta *eclesiae*, contaba con otras cien medio siglo más tarde. Además, los grandes obispos contemporáneos de Dagoberto, San Eloy, San Ouen, San Sulpicio, organizaron jiras pastorales, destruyeron los ídolos, se hicieron cargo de los lugares de peregrinaje paganos colocándolos bajo el patrocinio de un arcángel o de un mártir, cristianizaron las ceremonias de los cultos agrarios, extendiendo así por el campo al menos la envoltura ritual de la religión cristiana. Por último, los prelados establecidos en los puestos avanzados de la cristiandad, en Noyon, en Cambrai, en Reims, y asimismo los misioneros llegados de Aquitania como San Amando, emprendieron la evangelización de las regiones del norte de la Galia, sumergidas por la invasión franca y completamente paganizadas, y plantaron de nuevo la cruz a lo largo del Mosa y del Escalda. En el curso del siglo VII, poco a poco, los símbolos cristianos fueron sustituyendo a los emblemas del paganismo en las tumbas de la Lorena.

Renacimiento artístico, por último. Principal aportación de las invasiones germánicas, un arte completamente nuevo y pujante se había introducido en las regiones romanizadas. Arte de nómadas, cuyos temas se inspiraban en las civilizaciones sedentarias marginales, pero con un gusto marcado por la estilización y una predilección por la interpretación de formas animales; arte de herreros, hábiles en fabricar armas y en trabajar el metal, el arte bárbaro fué primero aplicado a joyas de pequeñas dimensiones, pero realizado con los materiales más preciosos, oro y pedrería. En esos adornos puramente lineales que se encuentran siempre idénticos en las sepulturas germánicas de todo el Occidente, en la del rey Childerico sepultado en Tournai hacia 481, como en

3.—El cipo de Poitiers.

13

4.—El Emperador Carlos el Calvo.

las tumbas anglosajonas de Sutton Hoo o de Chessel Down, y en las de los soberanos visigodos de España, se manifestaban a la vez el desprecio del modelo y el cuidado puesto, por el contrario, en inscribir exactamente las figuras en un marco predeterminado. En el siglo VII, este arte de importación, completamente ajeno a la estética romana, encontró en el norte de la Galia un terreno muy favorable a su desarrollo y empezó a modificarse: primero los orfebres emprendieron obras de mayores dimensiones, casi todas desaparecidas en la actualidad, cuya riqueza dejan adivinar ciertos pasajes de la *Vida de San Eloy;* en sus obras llevaron a la perfección los procedimientos antiguamente empleados de la orfebrería *cloisonnée,* y, además, aplicaron técnicas nuevas, la fundición del bronce en la región mosana, el damasquinado sobre hierro en la región parisiense. Los artistas, por último, renovaron su inspiración, intentando representar, sin renunciar a la abstracción, la figura humana estilizada. Mientras que el arte germánico tomaba así una mayor amplitud en las comarcas del Sena, el enriquecimiento de los establecimientos religiosos favoreció a su vez, un verdadero renacimiento de las técnicas romanas, en especial de las artes de la piedra. Arquitectos y albañiles, tan célebres que los monjes de Inglaterra los llamaron para embellecer sus santuarios, levantaron iglesias, adornadas en sus fachadas por esos campanarios que parecen caracterizar los edificios galos de la época. La decoración de estas construcciones provocó el florecimiento de la escultura, cuyo principal centro, situado primero en la cercanía de las canteras de mármol pirenaicas y tomando entonces de Oriente una decoración muy ágil de vegetales estilizados, se trasladó a fines del siglo VII a la Île de France en contacto inmediato con los talleres de los orfebres inspirados en la estética bárbara; allí, los imagineros, como los que esculpieron los sarcófagos de la capilla funeraria de Jouarre, trasladaron a la caliza blanda el bajorrelieve con figuras humanas.

La adaptación de la religión cristiana al género de vida y a la mentalidad de la gente rural, la apertura de nuevas corrientes comerciales, la habilidad de los decoradores, todo atestiguaba un indiscutible despertar. Mas para que ese florecimiento se prolongase, era menester a la Galia merovingia una nueva organización de las relaciones políticas que permitiese definir exactamente la posición de la aristocracia; la introducción de las prácticas germánicas de la fidelidad personal y del compañerismo guerrero preparaba esta renovación de los órganos del poder, y ya en Austrasia, en la más bárbara de las provincias francas se formaba alrededor de la mayordomía de palacio la red de fidelidades, fundamento del nuevo orden. Faltaban también a la Galia cuadros de intelectuales y, en particular, una enseñanza sistemática del latín clásico que, poniendo al alcance de todos los eclesiásticos los libros santos del cristianismo, pudiese a la vez preparar la reforma del episcopado y fortalecer

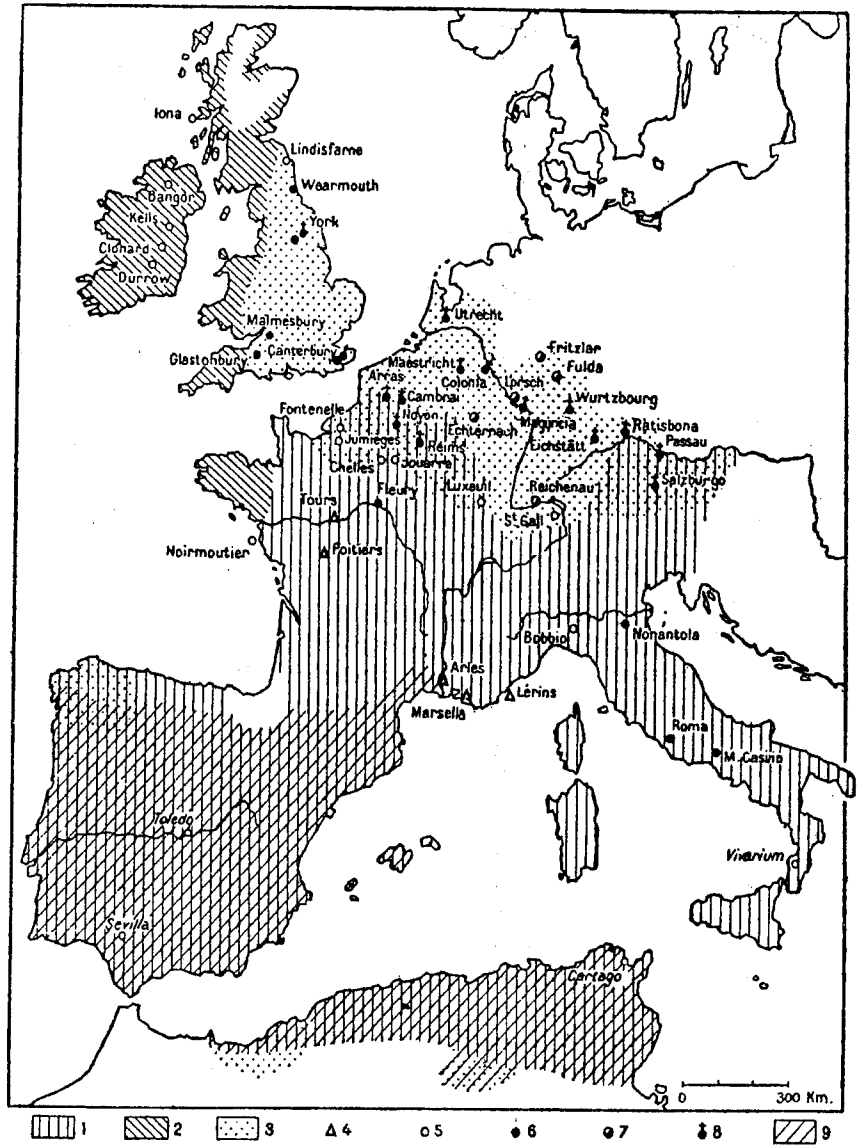
a los hombres de iglesia en su lucha contra las infiltraciones paganas. Pero ya en los últimos años del siglo VII, empezaban a desembarcar en los nuevos puertos de las orillas del canal de la Mancha los misioneros anglosajones, portadores al mismo tiempo de la herencia mejor salvaguardada de la cultura antigua y de una religión más pura, más vigorosa y más unida a Roma.

Monjes y misioneros

En efecto, fuera del reino franco la herencia espiritual de Roma fué recogida por la Iglesia, pero por una Iglesia transformada, convertida en esencialmente monástica, pontificia y misionera.

Desde fechas muy tempranas el monaquismo, llegado de Egipto, se había implantado en Occidente, primero en las costas de Provenza, donde fueron fundados entre 410 y 418 los monasterios de Lérins y de San Víctor de Marsella, después en Irlanda que San Patricio y sus discípulos evangelizaron a partir de 452. Se aclimató hasta tal punto en esta isla que fué el marco de toda su vida religiosa y tomó un carácter migratorio; en efecto, para los monjes insulares el viaje se convirtió en uno de los mejores medios de santificación. Los religiosos irlandeses se extendieron por todos los países celtas, Escocia, el noroeste de Inglaterra y la Armórica; a fines del siglo VI los monjes escoceses guiados por San Columbano, penetraron en el reino franco y entre los pueblos germánicos, fundando los monasterios de Luxeuil en 610, de Saint Gall en 612 y de Bobbio, en Lombardía, en 615: así se precisaba ya la orientación de la corriente de espiritualidad que debía transportar, desde los confines occidentales de la cristiandad hasta el corazón de Germania, las formas religiosas más sanas y robustas. De todas formas el monaquismo irlandés era de naturaleza muy ruda y primitiva. Sin duda porque la religión cristiana, descansando sobre las "Escrituras", sobre un cierto número de textos, precisa una instrucción elemental y el conocimiento de la lengua de los Testamentos y de la liturgia, los escotos practicaban el latín, y un latín tanto más puro en cuanto su lenguaje cotidiano, a diferencia del de los cristianos de la Galia, le era radicalmente extraño y no corría el riesgo de contaminarlo. Pero no tenía, según parece, ninguna preocupación por la cultura profana, y este movimiento religioso, en ruptura completa con el mundo, caracterizado por un ascetismo feroz y una concepción muy bárbara de la penitencia y de la salvación, no podía ser un agente de civilización.

Sin embargo, una forma de vida monástica más mesurada se había organizado en el segundo cuarto del siglo VI en la Italia devastada por las guerras góticas. Benito de Nursia, un italiano salido de una familia acomodada de provincias que había hecho en Roma estudios literarios y jurídicos, impuso hacia 525 a los hombres que se habían reunido a su alrededor en el monasterio de Monte Cassino una regla de vida cuyo rasgo esencial era la *discretio*, la moderación. En su espíritu, la familia monástica, estrechamente dirigida por un



Mapa I. — La Cristiandad latina (Siglos VI y VII).

1. Países evangelizados a finales del siglo VI. — 2. Cristiandad céltica. — 3. Adelantos del Cristianismo durante el siglo VII y primera mitad del VIII. — 4. Primeros núcleos de vida monástica. — 5. Monasterios irlandeses o de filiación irlandesa. — 6. Monasterios benedictinos. — 7. Monasterios fundados por misioneros anglosajones en el continente. — 8. Obispados misioneros. — 9. Regiones ocupadas por la invasión musulmana.

15

jefe, el abad, debía ser una milicia *(scola)*, ordenada como una compañía militar, y destinada a la oración colectiva, el *opus Dei* por excelencia. Sus miembros, contrayendo un compromiso solemne y escrito análogo al *sacramentum militare*, debían llevar una existencia equilibrada, consagrada por una parte al trabajo manual, sin austeridad corporal excesiva; su traje, su régimen alimenticio, y el empleo del tiempo eran parecidos a los de los soldados campesinos de la época. El monasterio debía ser un lugar de retiro, provisto de tierras suficientes para no tener que esperar nada del exterior, pero ampliamente abierto a todos, pues a nadie podía desanimar un género de vida modesto pero acomodado y, en el fondo, muy cercano al del siglo. San Benito, por consiguiente, no pensó en absoluto en confiar al monasterio una misión de apostolado, de difusión de la espiritualidad cristiana; para él, antes al contrario, era un refugio, un coto cerrado, replegado sobre sí mismo en medio del hundimiento del mundo. Será obra del expansivo papado de fines del siglo VI el convertir el monaquismo benedictino en un instrumento de evangelización.

Desde la reconquista de Justiniano la sede romana era un obispado periférico del Imperio bizantino, sometido a la estrecha tutela del *Basileus*, y la influencia preponderante en el seno de la Iglesia griega de los patriarcados orientales ponía en entredicho su primacía espiritual. El Papa, en compensación, ocupaba una posición muy favorable en la Italia arruinada y abandonada por el Imperio extenuado: en la propia Roma se había convertido en verdadero jefe de la ciudad a causa de la decadencia de las instituciones civiles. El patrimonio de San Pedro, la mayor fortuna territorial de Italia, le procuraba abundantes recursos. Se vió naturalmente llevado a dirigir la resistencia a la invasión lombarda, a organizar el reclutamiento de las milicias locales y, encarnando también el patriotismo latino, su autoridad se identificó poco a poco con lo que aún subsistía de la *respublica* romana: los peregrinos bárbaros veían en el Papa el representante de Roma y de la idea imperial, más netamente en cuanto se sentían más ajenos al mundo griego. Esta posición fué explotada por el primer gran Papa de la Edad Media, Gregorio Magno (590-604). Este romano, que fingía ignorar el griego y que había establecido en su casa familiar del Monte Coelio una comunidad monástica sujeta a la regla de San Benito, comprendió que el obispo de Roma, para escapar al cesaropapismo bizantino tenía que convertirse en el pastor del Occidente bárbaro. Sus escritos, rápidamente difundidos, realzaron el prestigio de la sede pontificia; preparó en Italia la conversión de los lombardos; mantuvo relaciones epistolares con los obispos de España y de la Galia y, sobre todo, emprendió la evangelización de los paganos de Occidente. Desde 574-578 había concebido el proyecto de convertir a los anglosajones; lo realizó en 596 enviando a la isla un grupo de monjes benedictinos dirigidos por el prior Agustín.

La Inglaterra sajona era aún pagana, pues los misioneros escotos eran tan hostiles a los invasores germanos como para no desear ganarlos a la fe cristiana. La misión de Agustín, que fundó en Canterbury el primer monasterio benedictino establecido fuera de Italia, tuvo al principio un éxito completo, y los soberanos de los diferentes reinos anglosajones recibieron pronto el bautismo; pero una reacción pagana vino a comprometer estos primeros resultados. En el norte la obra fué entonces continuada por monjes irlandeses, que se instalaron en 634 en Lindisfarne; hasta el punto de que, hacia 660, Inglaterra, ya completamente evangelizada, se encontraba repartida entre dos ritos cristianos sensiblemente diferentes, el de los escotos y el de Roma; sin embargo la unidad fué restablecida en 663, en el sínodo de Whitby, en provecho de los romanos.

Al servicio del papado y con el contacto del monaquismo itinerante de los irlandeses, los religiosos benedictinos se habían convertido en misioneros. Pero hacia la mitad del siglo VII aún se preocupaban poco de la cultura literaria. En la Iglesia de Occidente dominaban todavía el desprecio por los autores clásicos, el espanto incluso ante las obras que atestiguaban la parte más admirable del paganismo, y una voluntad de ascesis que condenaba como un goce ilícito la lectura de los libros profanos: por haber animado los estudios, el obispo Didier de Vienne fué reprimido en términos muy vivos por el papa Gregorio Magno. Una primera reacción contra esta tendencia profunda del cristianismo primitivo se había insinuado a mediados del siglo VI. Después de la muerte de Teodorico, su ministro Casiodoro había querido fundar en Roma, de acuerdo con el papa Agapito, una escuela de letras sagradas tomando por modelo la de Nisibis; estaba en formación una biblioteca cuando la toma de Roma por los ejércitos de Justiniano hizo fracasar el proyecto. Casiodoro se retiró entonces a su finca de Vivarium, en Calabria, donde también se convirtió a la vida monástica. De todas formas, la existencia que había escogido para sí y para sus compañeros era la de señores cultos, libres de preocupaciones materiales y rodeados de libros; sus labores principales eran intelectuales, copia de manuscritos y *lectio divina*. Rompiendo con la tradición de Lérins, que despreciaba la educación clásica, Casiodoro pensaba en efecto que, para penetrar mejor el sentido de los libros santos, era necesario recurrir a las artes liberales, y él mismo había consagrado sus últimos días a trazar un programa de estudios a la vez sagrados y profanos, en la doble serie de sus *Institutiones*, Gracias a él, la escuela antigua, a punto de desaparecer, encontraba asilo en el monasterio. Pero el medio era reacio, la tentativa prematura y las preocupaciones intelectuales no habían penetrado inmediatamente en los claustros benedictinos.

Esa actitud del clero con respecto a la cultura clásica se modificó un siglo

más tarde bajo la influencia de los religiosos orientales refugiados en Italia y en África. En los territorios griegos, el cristianismo más sólidamente enraizado se había apropiado una buena parte de la herencia intelectual de la Antigüedad. Por este camino el gusto por los estudios profanos se propagó primero a Roma y después a Inglaterra. Pues la segunda misión pontificia, encargada en 669 de acabar la organización de la Iglesia anglosajona, estaba dirigida por dos hombres impregnados de la elevada cultura oriental, Teodoro de Tarso, antiguo alumno de las escuelas de Atenas, y Adriano, un africano formado en el griego y en el latín en la Cartago bizantina. Al propio tiempo que imponían a la Iglesia sus caracteres, una estricta jerarquía y una unidad estrecha con el papado, introdujeron en las escuelas elementales de los monasterios insulares, donde ya se enseñaban a los convertidos los rudimentos de latín indispensables para la comprensión de la Escritura, un programa de estudios mucho más extendidos y que, como el de Casiodoro, englobaba un conocimiento profundo de las letras profanas; "regando", como dirá Beda el Venerable, el más brillante de sus herederos intelectuales, "cada día los corazones con raudales de ciencia provechosa". Los nuevos monasterios benedictinos, Wearmouth, Yarrow, se convirtieron en poderosos hogares intelectuales; su fundador Benito Biscop, se ocupó de que en ellos existiesen bibliotecas, hizo seis veces el viaje a Roma y volvió en cada ocasión cargado de manuscritos; y muy pronto se estableció en York el mayor centro de enseñanza de la cristiandad latina. Por último, en relación directa con este brusco desarrollo de la cultura libresca, en los monasterios de Irlanda y del norte y del este de Inglaterra fueron realizadas, alrededor del año 700, las primeras obras maestras de la miniatura insular, unas, como el psalterio de Canterbury, inspiradas en modelos antiguos importados de Italia o de África, otras, como el evangeliario de Lindisfarne, recogiendo y llevando a su punto culminante los temas animalistas y las decoraciones geométricas de la orfebrería bárbara.

Luego, terminado el siglo VII, en el momento mismo en que la conquista árabe arrollaba las posesiones bizantinas de África y amenazaba el reino visigodo de España, un cierto número de misioneros salieron de los monasterios anglosajones con el fin de emprender la evangelización de los confines orientales, paganos aún, del reino franco. De esta manera debían establecer la relación, por una parte entre el papado romano y el Estado político más poderoso —el que dominaban los mayordomos de palacio de Austrasia—, por la otra entre la cultura latina más viva —la de Beda el Venerable— y el joven arte galofranco de la región parisiense. Mediante esta cuádruple conjunción iban a preparar el florecimiento de la civilización medieval.

17